

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrada à la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 662

Alicante 11 de Agosto de 1883.

Año XIV.

EL VICIO.

La causa primera de cuantos males afligen á la humanidad, son los vicios. Cual gusano roedor que buscando su morada en el corazón de la planta, la destruye y echa por tierra cuando más satisfecho se goza en su obra; así el vicio, introduciéndose en la sociedad, nos acostumbra insensiblemente al mal, rompiendo los lazos que nos une á todos en fraternales vínculos, nos hace olvidadizos de los preceptos de la sana moral, corrompe las costumbres públicas y privadas, y nos familiarizamos con él á costa de nuestra propia felicidad.

Y no es esto solo. Los malos hábitos arrojan entre nosotros la discordia, introducen la desconfianza, difunden por todas partes el error, fortifican y robustecen nuestra inclinación á la perfidia, é identificándonos con los vicios perdemos el

amor y la atención á lo bello y á lo grande, ofuscan nuestra inteligencia y nos hacen mirar con tedio la virtud y el trabajo.

Mucho se habla en nuestros días de civilización, mucho de los admirables y asombrosos adelantos de las ciencias y de las artes; miramos con asombro el progreso y extensión de las manufacturas, dilatarse el comercio, por medio del cual se abren los caminos de la opulencia, esa facilidad admirable en las comunicaciones, adelantos que han transformado sin duda alguna la sociedad de tal manera, que no habrá alguno, por ignorante que sea, que no confiese la diferencia de nuestro siglo con el de nuestros abuelos, y los de éstos con los tiempos del feudalismo.

Pero á pesar de tanto progreso, de tanta civilización, del procedimiento geométrico que nos proporciona medir el espacio, y de los ar-

canos de la naturaleza, cuyo denso y misterioso velo empezamos á levantar, bien podemos aplicar á la sociedad aquella filosófica pregunta de Séneca: «¿De qué sirve la instrucción, si no hace más que alimentar el orgullo, y si no corrige el menor defecto?»

Todo va cambiando, ciertamente, en nuestro siglo de una manera asombrosa; todos experimentamos la influencia de esa nueva civilización; pero en cambio de tanto progreso nos hemos olvidado por completo de los elementos que constituyen nuestro ser moral, de los preceptos que ponen una barrera entre la virtud y el vicio, y contienen los extravíos á impulsos de nuestra frágil naturaleza.

Tenemos fija nuestra atención en los adelantos científicos como si ellos por sí solos fuesen suficientes al bienestar de nuestra especie. Nó: esos decantados adelantos de las ciencias podrán proporcionarnos ciertos bienes materiales; pero será incompleta nuestra obra si nos olvidamos del bien moral, único que puede hacer desaparecer de entre nosotros el vicio, insecto roedor de nuestra comun felicidad.

El bien moral es el que solo puede levantar altares á la virtud, sacrificando sobre sus aras la mentira, la embriaguez, el fraude, la adulación, el ódio, la envidia, la calumnia, el sensualismo, la injusticia, la

tiranía, ejercida las más veces por el fuerte contra el débil, y otros innumerables vicios que nos degradan y envilecen.

Tan triste cuadro parecerá inverosímil y exagerado, porque nos cueste repugnancia confesar tanta inmoralidad, tanta degradación, en el más perfecto de los seres. Pero ¿quién puede desconocer los estragos y lamentables efectos de todos y cada uno de los vicios que aquejan á la sociedad? ¿Nuestra condición moral ha mejorado en proporción de la instrucción? Nó.

Los filósofos moralistas de todos los tiempos han levantado su voz contra los vicios; y nosotros, sordos é indiferentes, bien poco ó nada nos hemos ocupado de esa obra regeneradora que ha de proporcionar la fuga del vicio: la educación moral,

Ella inspira el amor filial, forma buenos padres, ciudadanos observadores de las leyes, madres cariñosas que saben con su piedad comunicar su benéfica influencia á las familias, y sin ser austeras conservan en sus hijos la inocencia, sin menoscabo de la veneración y cariño que se les deben.

La moral, esa dulce y sublime virtud, nos presta reglas de consuelo para conformarnos con los arcanos de la Providencia, nos acompaña hasta el lecho del dolor, dejándose sentir su influencia en el silencio de las tumbas, en donde en medio de

comprimidos sollozos resuena por el espacio el último adiós que damos á aquellos objetos que nos han sido tan queridos.

Ella derrama á manos llenas el consuelo por todas partes, es nuestra mejor defensora ante los tribunales haciendo que impere la justicia, es nuestra inseparable compañera en las adversidades é infortunios, y últimamente el ángel de la fé, que ha de colocar sobre nuestra frente la imperecedera diadema de la esperanza y de la caridad.

Josefa Gales y Rodríguez.

¿QUÉ MAL HACEN LOS PUSILÁNIMES?

Atravesamos días de prueba y además de los enemigos irreconciliables, tenemos otros á quienes combatir, y quizá no sean estos menos peligrosos: los pusilánimes. Bueno es que el escritor católico se mantenga á la defensiva rechazando con armas de buen temple á los enemigos declarados que se esfuerzan por sembrar la zizania del error y del mal en el campo de la verdad y del bien; bueno es que procure difundir en todas direcciones la semilla evangélica no menos con la elocuencia muda y persuasiva del buen ejemplo que con los vibrantes acentos de la palabra, á fin de ahogar el mal con la sobreabundancia del bien tan

inseparable de la verdad, como lo son en el astro del día los resplandores que iluminan y los ardores que calientan. Esta es sin duda la misión del escritor de buen sentido, y tal vez fuera la única, si algunos espíritus encogidos por la educación ó por los respetos humanos, y que militan en el mismo campo, escudados con su prudencia acomodaticia, no le embarazasen en su carrera, y no detuviesen con su funesto ejemplo á otros que se sienten inclinados á seguir la marcha franca y prudente en defensa de los intereses católicos.

El pusilánime, falto de valor para tolerar las desgracias ó para intentar cosas grandes, suele ser gran proyectista, que se aviene muy bien con el no hacer nada, y hasta panegirista ocioso de la virtud, cuando no es combatida; pero, al llegar el día de prueba, ó al tropezar con el menor inconveniente, desfallece de ánimo, se amilana ó acobarda; y, subyugado por el fondo de pereza que abriga en su pecho, se olvida de que la vida del hombre es una continua pelea sobre la tierra. Llama luego en su auxilio las razones de una prudencia interesada, hartas veces egoista; y, sin mas esfuerzo, abandona cobardemente el puesto de honor fiado á sus desvelos.

Cuando debía esforzarse en oponer el dique oportuno á la corriente del mal, huye amedrantado á esconder-

se de la faz de los hombres, como si un ejército de bárbaros intentara cojerle vivo para inmolarle en aras de sus nefandas deidades. ¿Tienen sólido fundamento semejantes temores? La verdad es que sólo ha oído en lontananza el eco de pequeños chillidos, y vislumbra que va á caer sobre su frente una lluvia de dicterios, la sátira mordaz, el ridículo, la risita del desprecio y otros chistes de mal género. A sólo esto se reduce el *bú* que tanto le asusta. Y ¿es honroso, es prudente que el que milita en las filas del honor ceda el campo con armas y bagajes al enemigo por miedo al ruido de una charlatanería despreciable que se disipa por sí sola ante el buen sentido, cual burbuja de jabón al menor soplo de viento.

Será todo lo que se quiera, pero, ó mucho nos engañamos, ó semejante prudencia no dista mucho de la de San Pedro cuando en el pretorio del presidente romano negó al Divino Maestro por miedo á la charla de una criada que le motejaba de ser discípulo del Nazareno. Víctima de sus vanos temores, ignora ó se olvida el pusilánime de los primeros rudimentos de la vida práctica del cristiano, de que no hay virtud sin prueba. Virtud que no es probada, no es virtud, es una quimera, un simulacro de virtud. Y no es esto lo peor, avergonzado de su ruin proceder, lucha entre los reproches de

su conciencia y los temores mundanales, hasta que, á fuerza de cavilaciones, logra acallar los primeros; y entonces, para disculpar su extravío, invoca, ora las reglas de la prudencia, que confunde con la cobardía, censurando á diestro y á siniestro á los que con leal pecho salen en defensa de la buena causa, ora los fueros de la ciencia para eximirse de la pelea y reservar á los demás todo el peso del trabajo, como si cada uno no debiera contribuir con su piedrecita y según la medida de sus fuerzas á la reconstrucción del cristiano edificio. Lo cierto es que con su pusilanimidad, su apatía, su amor al ocio ó al *dolce far niente*, contribuye de un modo eficaz á que germine y fructifique la mala semilla en el campo del buen Padre de familia. Ahora, si preguntais ¿qué mal hacen los pusilánimes? La contestación es óbvia: Contribuyen á la propagación del mal, y no hacen ningún bien.

Miguel Sureda.

LA IGNORANCIA DE LOS FRAILES.

Las generaciones que se van sucediendo unas á otras, á pesar del progreso material y de los adelantos diarios de las ciencias y las artes, todas tienen grandes necesidades, que no pueden satisfacer por sí solas las artes, ni las ciencias. La Iglesia

puede satisfacer estas necesidades, que varian, y tal vez van siendo mayores cada siglo que pasa; pero es á condicion de que no se la prive de los medios que su Fundador Divino puso en manos de la misma Iglesia; y uno de esos medios fecundos en grandes resultados, uno de esos medios que han dado siempre un resultado feliz y siempre serán de éxito prodigioso, son las Ordenes religiosas. La iglesia para llevar á cabo la grande obra de moralizar y santificar á los individuos y de civilizar á los pueblos, necesita del concurso eficaz de las órdenes religiosas. Siempre será árdua y difícil la empresa de santificar á los hombres, á todos los hombres como es la voluntad de Dios, porque siempre se opondrán á ella las pasiones humanas, tanto más refinadas y exigentes cuanto mas estimuladas se encuentran en épocas de adelantos materiales.

Siempre será difícil y laboriosa la mision de la Iglesia en la importante obra de la civilizacion y cultura de los pueblos; porque si en los ya civilizados de Europa, por ejemplo, no tienen que colocar las primeras piedras del edificio de la civilizacion, como fiel á su mision providencial en la tierra lo ha hecho siempre en los países bárbaros ó poco civilizados, en cambio en medio del movimiento artístico, científico y literario de los pueblos cultos se halla consti-

tuida cual centinela avanzado, para observar los errores y advertir los peligros que en el órden intelectual ó en el moral pueden tener determinadas ideas.

¿Quereis que la Iglesia siga siendo lo que ha sido siempre, el portestandarte de la civilizacion? pues no la priveis de las Ordenes religiosas, que vienen á ser á manera de cuerpos facultativos de su ejército; no la priveis de los frailes, sus soldados distinguidos. Por lo que hicieron ayer puede conjeturarse lo que con fundamento hoy podria esperarse de ellos.

Entre los muchos y variados trabajos de los frailes en la república de las letras vamos á fijarnos en uno, bien que á la ligera y de un modo incompleto, á saber: en los trabajos y escritos de los frailes respecto á las lenguas americanas.

Con efecto, en cada una de esas grandes comarcas que llamamos Méjico, Brasil, Rio de la Plata, etcétera, existian nacionalidades y tribus de tan diferentes lenguas, que apenas puede comprenderse tanta diversidad, á veces en muy corto espacio; circunstancia que ejercitó no poco la paciencia incansable de los PP. Misioneros. Pero ¡con cuánto heroismo vencieron estas dificultades! No hay lengua ni dialecto americano que no haya sido estudiado, explicado y enseñado de un modo luminoso por los frailes que escri-

bieron gramáticas, vocabularios y otros libros elementales para los españoles, y enriquecieron la literatura de aquellas lenguas con catecismos, historias, pláticas y cuantos otros tratados podían ser útiles á los indígenas del nuevo continente. Y sobre cada dialecto escribieron no uno, sino multitud de Padres.—Vamos á fijarnos en un idioma cualquiera, por ejemplo, el de los indígenas de Méjico; otro tanto podríamos decir de otro cualquiera.

Los naturales de Méjico llamaban á este territorio Nahuatl, equivalente á la frase de *junto al agua*; por vivir cerca de las aguas del mar, de los rios y de la gran laguna, dentro de la cual tenían edificados pueblos.

Por esto el idioma, como todo lo perteneciente al imperio, se apellidaba también *nahuatl*.

Denominábase también, como por elegancia *culua*, porque una de las etapas que hicieron los antepasados al emigrar y establecerse allí, fué Culhucan, frente á las Californias. De aquí el llamarse *lengua culua* algunas veces.

El idioma *nahuatl* ó mejicano, es dulce, natural, etimológico, abundante de voces y muy elegante.

Si bien es cierto que no tiene la multitud de anomalías que se notan en muchas lenguas europeas, sino que por el contrario, es regular en las derivaciones, lo cual facilita bas-

tante la posesion del lenguaje una vez conocidos sus principios; con todo, esta lengua ofrece dificultades para el europeo, singularmente por los polisílabos que son muchos vocablos, por ejemplo: *Xipincollitzincuiltizcatí* nombre de un soberano. No es pequeña dificultad tampoco que en el idioma mejicano hay muchos vocablos que pronunciados breves, tienen una significacion muy diversa que si se pronuncian largos, y aun basta aspirar ó no una letra, para establecer diferencias.

Pues estas dificultades de la lengua las venció no alguno que otro fraile, sino muchos con grande provecho de la literatura.

Vencieron estas dificultades los escritores Fray Domingo de la Anunciacion, Fr. Juande Alcázar, Fr. Juan José Bautista, que tradujo en lengua mejicana el Kempis, Fr. Francisco Alvarado, Fr. Agustin Dávila y Padilla, Fr. Pedro Castillo, Fr. Juan Gaona, Fr. Andrés Olmos, Fr. Alonso Molina, que escribió el *Arte gramatical, Vocabulario, Aparejo para la comunión, Confesionario y la Vida de San Francisco* en lengua mejicana; Fr. Juan Ramirez, Fr. Juan Rivas, Fr. Manuel Perez, Fr. Francisco Ximenez, autor de la primera gramática y primer vocabulario mejicano, sin contar otros mil Padres Misioneros.

Un cronista del siglo xvi, refiriéndose á los trabajos del R. P. Ren-

gel, quinto provincial de los Franciscanos en Méjico, y á los de Ximenez, Olmos, Motolinia y otros dice:

»Esto deben entre otras cosas á la Orden de San Francisco los que despues acá aprendieron la lengua mexicana; que de aquel Santo hábito han salido los que imprimieron *Artes Vocabularios* y otros libros, que han sido luz y principio de lo que despues acá se ha perfeccionado.»

Hicieron mas, los misioneros observaron desde luego que ciertas lenguas podrian considerarse como la clave de otros dialectos, de manera que cuando se poseian aquellas se entendian prontamente las otras y hasta algunos, hoy injustamente relegados al olvido, abordaron la cuestion etnográfica y el venerable B. de Sahagun, y otros PP. presentaron elocuentes y curiosas pruebas de que las principales lenguas del mundo de Colon son especies derivadas del tipo Asiático.

Hoy ya, despues de los eruditos trabajos del sabio baron de Humboldt, apoyados en las curiosas investigaciones de los PP. Gaona, Olmos, Motolinia y otros que aquel sabio obtuvo y meditó, y despues de otros estudios mas modernos de etnólogos europeos y americanos, está completamente demostrado que en casi todas las lenguas del nuevo mundo existe la más perfecta analo-

gía de infinidad de palabras de ellas con otras de las lenguas asiáticas, demostrando hasta la evidencia que los antiguos americanos eran, como dice C. Cantú, parientes del Egipto y de la India.

Lo repetimos, hoy no hará falta echar los cimientos en el edificio de las ciencias y de la literatura, como en el nuevo mundo; pero hace falta que el movimiento científico sea católico, y para esto son necesarios los frailes. En España y en Europa no se necesitan misiones para sacarnos del paganismo; pero sí para sacarnos de la indiferencia, y para esto los frailes son necesarios.

La Iglesia tiene que llevar á cabo grandes trabajos en el terreno de las ciencias y de la literatura; las familias religiosas pueden hacer trabajos *colectivos* indispensables en tamañas empresas: en los trabajos científicos de las Ordenes religiosas es donde cabe la organizacion y *division del trabajo* más necesaria todavía en las letras que en la industria.

(*La Propaganda Católica.*)

CRONICA NACIONAL.

En el número anterior no nos fué posible dar noticia de la entrevista tenida en el despacho del Sr. Gobernador de la provincia, entre el mismo señor y los directores y repre-

sentantes de la prensa de esta capital, los cuales habian sido invitados previamente por el primero por medio de un atento B. L. M.

Si hemos de ser ingénuos, debemos declarar que el lenguaje del nuevo Gobernador D. Joaquin Baeza, nos impresionó agradablemente. Su propósito manifestado con tono de convicción, de hacer que en todos sus acuerdos y decisiones impere *la eterna justicia* (sic), no pudo menos de satisfacernos; aunque mucho nos tememos que el Sr. Baeza no pueda realizar sus buenos deseos por la triste condicion de los tiempos que atravesamos.

Nosotros, sin embargo, aplaudimos sin reserva los laudables propósitos del nuevo Sr. Gobernador, y deseamos ocasion de poder felicitarle porque los haya cumplido.

El Sr. Baeza reclamó el apoyo y ayuda de la prensa para emprender y llevar á cabo medidas de higiene, encaminadas á mejorar las condiciones de salubridad de la capital y pueblos de la provincia; las cuales medidas juzga el Sr. Gobernador, (y nosotros tambien) necesarias y urgentes, dada la posibilidad más ó menos lejana, de que seamos invadidos de la epidemia que actualmente diezma las poblaciones de Egipto. Por nuestra parte ofrecemos al señor Baeza nuestra humilde cooperacion para que sus disposiciones en esta

parte sean por todos cumplidas, porque á todos interesan. Pero nosotros deseamos que la accion del Sr. Gobernador se extienda á algo más.

¿Ha visto el Sr. Baeza, ó ha llegado á su noticia lo que sucede en nuestra playa en esta temporada de baños? ¿Se ha enterado si se observa la debida y conveniente separacion de los dos sexos que la decencia aconseja y que reclama imperiosamente la honestidad? Si atendible es cuanto se refiere á la higiene, que tiene por objeto la salud corporal, no lo es menos lo que atañe á esa otra higiene moral, que tiende á evitar la corrupcion de las costumbres, mal social mil veces peor que todas las epidemias, las cuales no pocas veces son consecuencia de aquel, y castigos que la Providencia envia á los pueblos corrompidos.

Pues bien, Sr. Gobernador, cuantos forasteros vienen por primera vez á tomar baños, se marchan escandalizados de lo que sucede en Alicante en este punto; y nosotros renunciarnos á decirlo aquí, para que Su Señoría pueda enterarse por si mismo: estamos seguros de que en ninguna otra parte se tolera lo que aquí; y nosotros lo denunciaremos á V. S. y al Sr. Alcalde de esta ciudad y á todas las autoridades á quienes competa, para que dicten las disposiciones convenientes que eviten espectáculo tan repugnante é inmoral, haciendo responsables, si

necesario fuese, á los dueños de los baños, de la falta de cumplimiento. Al llamar la atención de V. S. sobre este particular, lo hacemos con la confianza de ser atendidos; ya que nos dirigimos por fortuna á una autoridad que ha invocado como regla de conducta la eterna justicia, fundamento del orden moral.

VARIEDADES.

EL MADERO DE LA HORCA.

I.

La altísima montaña de Colísa, que entré las Encartaciones de Vizcaya y las Merindades de Castilla, era en la edad media una especie de Tebaida donde hacían vida penitente algunos anacoretas, á quienes se atribuye la erección del santuario que la corona. Era yo niño, y caminando con mi piadosa madre por una montaña de las Encartaciones, nos detuvimos á descansar así que descubrimos el valle nativo. Era una apacible tarde de verano. El sol se escondía ya tras de los montes lejanos, y en las laderas de las montañas oíamos las campanillas del ganado que descendía al valle, y allá abajo, en la llanura, las muchachas dejaban las heredades, y tomando en la cabeza las herradas, iban cantando á la fuente del castañar, para que sus padres y hermanos encontrasen en casa el agua fresca, cuando al oír el toque de la oración echasen la azada al hombro y rezando

Ave Marias se encaminasen al hogar.

Desde el campillo cubierto de fragantes manzanillas que parecían una nevada, donde mi madre y yo estábamos sentados, contemplando nuestro hermoso y querido valle, en uno de cuyos extremos veíamos, medio oculto entre cerezos y nogales, nuestro hogar mas querido aun, se descubría el santuario de Colísa.

Hablamos de aquel santuario, y mi madre que tenía santa y ciega fé en las tradiciones religiosas, que brotaron y viven sin que los siglos marchiten su frescura á la sombra de los santuarios de las montañas, embargó mi atención y conmovió mi alma contándome lo que á mi vez voy á contar.

Vivia en las soledades de Colísa un santo anciano, llamado Cosme, que pasaba la tercera parte de su vida alabando y glorificando á Dios, y lo restante guiando y socorriendo á los viajeros que atravesaban aquellas montañas; porque es de saber que como por aquellos tiempos las guerras de banderías ensangrentasen continuamente los valles, los caminantes huían de ellos y transitaban por los montes mas desiertos y apartados del trato humano.

Siempre que Cosme había socorrido á algun viajero extraviado ó extenuado de hambre, al sonar el toque de la oración en la iglesia de Valmaseda, que se descubría allá abajo, al pié de la montaña, se le aparecía un Angel que le sonreía amorosamente y se remontaba en seguida al cielo, dejándolo lleno de santa alegría.

Una mañana que la montaña estaba cubierta de espesísima niebla,

Cosme salió de la miserable choza donde hacia vida penitente, y se puso á discurrir por aquellos fragosos y enmarañados bosques por si algunos caminantes se habian extraviado en ellos, y de repente se encontró con unos hombres que conducian á otro maniatado.

—¿Por qué llevais maniatado á ese infeliz? les preguntó.

—Porque es un gran criminal á quien la justicia ha condenado á muerte, le contestaron.

—Pues si la ha hecho, que la pague; dijo el anacoreta dando treguas á su compasion.

Los ministros de la justicia que subian de Valmaseda, se detuvieron un poco mas arriba en la encrucijada de los dos caminos, tomaron un gran madero seco que hacia muchos años estaba tendido orilla del camino, apoyaron los extremos del madero seco en las primeras ramas de dos árboles pesados echaron una soga al cuello del criminal, y colgaron á este de aquella horca improvisada, volviéndose á Valmaseda asi que se cercioraron de que el criminal habia espirado.

II.

El dia en que por orden de la justicia de Valmaseda se ahorcó á un gran criminal, camino del Santuario de Colisa, Cosme salvó de la muerte á muchos caminantes que sin su auxilio hubieran perecido devorados por las fieras ó derrumbados por los precipicios en aquellas soledades mas espantosas que nunca aquel dia, por la oscuridad de la niebla.

Retiróse á su morada dando gracias á Dios porque le habia dado fuerzas para auxiliar á sus herma-

nos, y apenas llegó hirió su oido el toque de la oracion, que sonó lento y solemne en la lejana torre de la iglesia de Valmaseda: ¡pero el Angel no se le pareció aquella noche!

El santo ermitaño se llenó de terror pensando que habria ofendido á Dios aquel dia, cuando el Angel le negaba su santa presencia; pero por más que examinó sus palabras, sus obras y pensamientos de todo el dia, no pudo dar con la causa del enojo del Señor.

Aquella noche oró, lloró, maceró su cuerpo, pidió al Señor perdon y misericordia de sus faltas, y así que amaneció, como la montaña siguiese cubierta de espesa niebla, salió á auxiliar á los caminantes extraviados ó rendidos por la fatiga.

De repente se encontró en la encrucijada de los dos caminos, y al ver delante de si la horca de que pendia el cadáver del criminal, ajusticiado el dia anterior, retrocedió lleno de repugnancia y espanto; pero alzando la vista un poco mas arriba del cadáver que pendia de la cuerda, vió al Angel posado sobre el madero de la horca.

El Angel, léjos de sonreirle entonces amorosamente como siempre le habia sonreido, le miraba con faz severa.

Cosme se detuvo, y postrándose en el suelo lleno de inquietud y terror, alzó las manos al Angel implorando su perdon y su misericordia, aunque todavia ignorase cuál fuese la culpa.

—¡Cosme! le dijo entonces el Angel, has incurrido en el enojo del Señor, y necesitas gran penitencia para recobrar su gracia. En vez de compadecer y consolar ayer al des-

graciado que pende de este madero, le escarneciste y miraste con indiferencia su tribulación. Desciende este cadáver de la horca, dále piadosa sepultura, y tomando luego este madero en tus hombros, vé con el mismo por el mundo y él sea el único cabezal donde descanse tu cabeza.

—¿Y alcanzaré, Señor, algún día el perdón de mi culpa? exclamó Cosme deshecho en lágrimas de contrición.

—Si, le contestó el Angel. Cuando veas que de este madero ha brotado una verde rama, el Señor te habrá perdonado.

Al decir esto el Angel se remontó al cielo al compás de misteriosas músicas y rodeado de brillantes resplandores.

Cosme se acercó animosamente al cadáver pendiente de la horca, le descolgó y le dió piadosa sepultura, y tomando enseguida el madero, cuyos extremos se apoyaban en las primeras ramas de dos árboles apareados se fué con él por el mundo, haciendo cruz de su hombro y único apoyo de su cabeza.

III.

Cosme andaba por el mundo con el madero de la horca en su hombro y las gentes le escarnecían y huían de él horrorizados.

Una noche, desesperanzado de encontrar asilo entre los hombres, penetró en un bosque esperando encontrarlo entre las fieras, y viendo una lucecita á través de la espesura se dirigió hácia ella y se encontró á la puerta de una cabaña donde una viejecita dormitaba al amor de la lumbre.

—Buena mujer, dijo á la vieja con

voz suplicante, permitidme pasar aquí la noche.

—No puede ser, le contestó la vieja, porque tengo dos hijos bandidos que vendrán dentro de una hora, y os asesinarán si os encuentran aquí.

Cosme confiaba en la promesa que le habia hecho el Angel de que el Señor le perdonaría, y viendo que el madero de la horca no tenia señal alguna de que fuese á brotar ramas de él, lo que probaba que su muerte estaba aun muy lejana, insistió en pedir á la vieja que le diese asilo y la vieja se lo dió al fin, esperando conseguir de sus hijos que no le asesinasen.

Cosme estaba rendido de fatiga, y retirándose á un rincón puso en el suelo el madero de la horca, y colocó sobre él su cabeza.

Dolida la vieja de que descansase en tan duro cabezal, le ofreció un henchido de olorosa yerba del monte pero Cosme lo rehusó diciendo:

—Ofendí al Señor, diciendo á un criminal á quien llevaban á la horca: «El que la hace que la pague» y para que el Señor me perdone, voy por el mundo cargado con este madero de la horca, que debe ser mi único cabezal hasta que brote de él una rama verde, que será la señal de que el Señor me ha perdonado.

—¡Ay! exclamó la vieja echándose á llorar sin consuelo; si tan difícil es alcanzar el perdón del Señor al que se arrepiente y solo ha pecado de palabra, ¡cuánto no lo será á los que como mis hijos han pecado de palabra y obra, y tienen el corazón cerrado al arrepentimiento!

El anciano quedó dormido con la

cabeza apoyada en el madero de la horca.

Una hora despues llegaron los bandidos, y al verle sacaron los puñales para asesinarle; pero su madre les contó la historia de aquel anciano y les pidió de rodillas que, léjos de matarle, se arrepintiesen como él de sus enormes culpas.

—Bien, le perdonaremos la vida; contestaron los bandidos envainando los puñales, y añadieron soltando una burlona carcajada:

—En cuanto á arrepentirnos lo haremos cuando de ese madero seco brote la rama verde.

Los bandidos se pusieron á cenar. Cuando concluyeron, dirigieron la vista al anciano que dormia en el rincon de la cabaña, y vieron con asombro que el madero seco había brotado una rama lozana verde!

Entonces comenzaron á llorar y á pedir á Dios el perdon de sus culpas. A sus voces y llanto despertó Cosme, y al ver que el madero seco había brotado una rama verde, espiró de tanta alegría, y el Angel bajó sonriendo amorosamente á recojer su alma para llevarla consigo al cielo.

Antonio Trueba.

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, la misa de la Virgen á las siete y media, y por la tarde, á la hora de costumbre, la novena con sermon á cargo del Sr. Canónigo D. Antonio Ibañez.

En Santa María, á las ocho y media, misa de renovacion.

Domingo.—En la Colegial, la misa conventual, á las ocho y media, y por la tarde, concluido coro, se dará fin á la indicada novena de Ntra. Sra. del Remedio con sermon, á cargo de D. Joaquin Garcia, Canónigo.

En Santa María, la misa conventual, á las ocho y media.

En las Capuchinas, la funcion en honor de la gloriosa Sta. Clara, esclarecida fundadora de Religiosas franciscanas. A las nueve en punto será la misa cantada con orquesta y sermon, á cargo del Dr. D. Casiano Quilez, Canónigo Magistral de esta Insigne Colegiata.

Mártes.—En las Capuchinas, á las cuatro de la tarde, darán principio las novenas en honor del glorioso S. Joaquin y Ntra. Sra. de la Asuncion, continuando todos los dias á la misma hora.

Miércoles.—La festividad de la *Asuncion de Maria*.—En la Colegial, la misa conventual á las ocho y media.

Jueves.—En las Capuchinas, la misa de renovacion, á las siete de la mañana.

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,
plaza del Progreso, 5.